



Vincent Troger

Profesor de conferencias en el Instituto Universitario para la Formación de Docentes de Versalles (Francia). Investigador asociado en el Laboratorio de Sociología del Trabajo «Pierre Naville», de la Universidad de Evry.



En la Francia actual, la formación profesional inicial se imparte mayoritariamente dentro del sistema escolar, a través de los liceos (institutos) profesionales o de las vías de estudio tecnológicas de estos liceos. Esta particularidad procede en términos históricos del encuentro a finales del siglo XIX entre la política escolar de la III República y las necesidades formativas de los industriales de la construcción mecánica y eléctrica. A partir del decenio de 1960, este sistema de formación sufrió un proceso de deterioro, y pasó a acoger de manera cada vez más automática a los alumnos fracasados en la secundaria general. Por su parte, los empresarios, que habían apoyado inicialmente la labor del Estado en un contexto de déficit de mano de obra cualificada, intentan ahora retomar bajo su control la formación, en el contexto contemporáneo de abundancia de mano de obra y exigencia de flexibilidad. El futuro de esta formación es pues incierto, y se observa ya la implantación progresiva de nuevas formas de colaboración entre las empresas y los centros de enseñanza técnica y profesional.

La escolarización de la formación profesional de jóvenes en Francia: el Estado al servicio de las empresas

El sistema de formación profesional de jóvenes en Francia se caracteriza actualmente por su fuerte proporción de formaciones impartidas en la escuela pública. Dos instituciones, los liceos (institutos) profesionales y las vías de estudio tecnológicas de estos liceos, recogen - una vez acabada la escolaridad obligatoria - a casi la mitad de los jóvenes franceses: un millón de jóvenes se encuentran escolarizados en este tipo de centros y estas vías de estudio, frente a la cifra de otro millón en las vías de enseñanza general en liceo. En comparación, la cifra de jóvenes que las empresas admiten a esta misma edad como aprendices es baja: próxima a los 300.000. Esta preponderancia de la formación profesional de tipo escolar constituye un rasgo característico de la sociedad francesa, y refleja lógicamente la función decisiva que ha desempeñado históricamente la escolarización en la creación de la identidad nacional, particularmente a partir de la proclamación de la Tercera República. Con todo, la objetiva situación actual de inferioridad que afecta a las vías tecnológicas y profesionales de la enseñanza secundaria revela que su integración en el sistema escolar no se deriva de las mismas lógicas sociales que confirieron en su momento una función central propia a la enseñanza general primaria y secundaria.

Por ello, el objetivo de este artículo consiste en exponer las lógicas particulares que llevaron a Francia, sobre todo a partir del final del siglo XIX, a integrar una parte esencial de la formación profesional inicial en el sistema escolar. La primera sección describirá cómo las relaciones establecidas en los últimos años del s. XIX entre el Estado y una parte de la patronal condujeron a desarrollar formaciones tecnológicas y después profesionales como vía de promoción social pa-

ra los niños de la clase popular, hasta los últimos años del decenio de 1950. La segunda parte analizará las consecuencias de las grandes reformas del sistema educativo y de las transformaciones económicas que condicionan desde la década de 1960 la situación de las formaciones tecnológicas y profesionales dentro del sistema educativo.

De la Revolución Francesa a los «gloriosos treinta»: el lento surgimiento de una formación técnica y profesional de carácter público.

Puede admitirse que la historia organizativa contemporánea de la formación profesional para jóvenes en Francia comienza con la supresión de las corporaciones en 1791 (Charlot, Figeat, 1985). La abolición del sistema tradicional que organizaba la formación de aprendices provocó lo que durante todo el s. XIX -y hasta la I Guerra Mundial- se llamó "crisis del aprendizaje". Bajo esta fórmula se entendían de hecho tres realidades distintas:

□ La primera, la decadencia de la formación tradicional de aprendices en profesiones artesanales, paralela a la decadencia de las propias profesiones. Es un tema aún actual: los oficios que conservan una estructura tradicional de aprendizaje, como en el sector alimentario, hostelería-restauración o en parte del sector de la construcción, continúan hoy quejándose de la falta de aprendices.

□ El segundo efecto que la frase "crisis del aprendizaje" describía era la degradación en las condiciones de trabajo para jóvenes y a veces para niños, explotados por las industrias manuales, sobre todo la minera y la textil.



□ Por último, como “crisis del aprendizaje” se designaba una dificultad que aparecía repetidamente en el mercado de trabajo: el déficit de mano de obra cualificada para la industria más moderna, o sea sobre todo la industria de construcciones mecánicas y, a partir de finales del s. XIX, eléctricas.

Estas dos últimas críticas -la infancia explotada y la falta de mano de obra para la industria moderna- centraron el interés de los dirigentes políticos y económicos durante todo el s. XIX.

Sus respuestas fueron de dos tipos: por un lado, desarrollar la enseñanza primaria con el fin de instruir y proteger a los niños, y por otro crear escuelas técnicas y cursos vespertinos.

Hasta finales de 1870, Francia no se distingue significativamente al respecto de otras grandes potencias industriales: numerosos cursos vespertinos de carácter privado u organizados por asociaciones filantrópicas, escuelas de empresas como las de las fábricas Schneider o De Wendel, escuelas municipales (París, Le Havre, Lion, Nantes...) o financiadas por organismos profesionales (Besançon) ofrecían formaciones técnicas de niveles muy diversos, como en la mayoría de los países industrializados de aquella época. Las exposiciones universales albergaron en particular en los últimos años del s. XIX varios congresos internacionales sobre formación técnica, poniendo de relieve las semejanzas relativas de las iniciativas adoptadas al respecto en Alemania, Gran Bretaña, Bélgica, Rusia y hasta en América del Sur. Uno de los rasgos comunes de dichas iniciativas era la escasa implicación del Estado y el papel predominante de las iniciativas privadas o municipales.

Pero dos acontecimientos transformarían de manera irreversible la categoría de la formación profesional para jóvenes en Francia a partir del último cuarto del s. XIX. El primero fue la llegada de los republicanos al poder, en 1879. Con el objetivo de estabilizar un régimen que había nacido frágil, la nueva clase política impulsará la escolarización obligatoria a fin de educar a los jóvenes franceses en los valores de la III República, y para luchar contra la predominancia de la iglesia católica en la escuela elemental. Pero los republicanos toparon con un problema en este ámbito: el control de la juventud popular, particularmente de

los varones desde el fin de la escolaridad obligatoria (a los trece años) hasta la edad del servicio militar (dieciocho), o hasta el matrimonio en el caso de las chicas. La cuestión de la violencia entre los jóvenes de clases populares no es en absoluto nueva, y a principios de ese siglo los gobiernos sucesivos se demuestran inquietos: temen la delincuencia, y también la atracción que puedan ejercer sobre los jóvenes los movimientos revolucionarios. La formación profesional inicial surge entonces como uno de los posibles medios para integrar a la clase joven popular, y para responder a la vez a las necesidades de la industria y el comercio.

El proyecto coincide además con las inquietudes de una parte de la patronal, la de empresas más modernas, sobre todo la industria de construcciones mecánicas y eléctricas y sin duda las empresas comerciales. En efecto, en aquella época estos sectores se encuentran en pleno florecimiento, al surgir los motores de gasolina y eléctricos, con las sabidas consecuencias para los automóviles, la aeronáutica, la marina y los ferrocarriles. Afrontan la necesidad de una mano de obra cualificada en ámbitos de competencias nuevas y escasas. Además, estas industrias son estratégicas, ya que proporcionan su equipamiento al ejército en unas fechas en que se prepara el primer conflicto bélico mundial.

Una parte de los dirigentes políticos republicanos y una parte de la patronal tienden por ello a aliarse y a constituir lo que los historiadores ingleses estudiosos del tema han denominado un lobby (grupo de interés) ⁽¹⁾ representado públicamente por una asociación creada en 1902, la Association Française pour le Développement de l'Enseignement Technique (AFDET) ⁽²⁾. Este lobby se esforzará por conseguir la implantación de una política de formación profesional, con un doble objetivo (Pelpel, Troger, 2001): por un lado, crear una instrucción técnica de carácter público que responda a las necesidades formativas -poco frecuentes pero cruciales- de una mano de obra de alta cualificación (los especialistas, encargados de mediar a nivel técnico y jerárquico entre la dirección de las empresas o sus oficinas de proyectos y la planta); por otro, el mismo lobby aspiraba a crear una reglamentación que permitiera, sin infringir los principios de la economía liberal, obligar a las empresas lo suficiente como

⁽¹⁾ Han demostrado la existencia de ese lobby sobre todo dos historiadores ingleses, R.Fox y G.Weisz, con su artículo “The organization of science and technology in Francia, 1908-1914”, Cambridge University Press, 1980

⁽²⁾ La asociación sigue existiendo aún hoy, si bien su influencia es muy escasa.



para incitarlas a realizar un esfuerzo colectivo de formación, evitando perjuicios a las que asumían costes de formación de aprendices en comparación con las que rehusaban formar.

El primer objetivo consiguió llevarse a cabo con éxito: de 1887 a 1938 se crearon decenas de escuelas técnicas, financiadas conjuntamente por el Estado y las colectividades locales, a las que en vísperas de la II Guerra Mundial asistían cerca de 90.000 alumnos, cifra similar a la del alumnado matriculado en liceos. Estas escuelas técnicas seleccionaban, entre los mejores alumnos de la escuela primaria, aquellos a quienes su origen social llevaba a preferir una formación corta y que condujese rápidamente a una carrera profesional estable. Formaban a obreros de alta cualificación para empresas industriales, que pasaban muy rápidamente a ser oficiales o especialistas, e incluso -los mejores- al puesto de ingenieros (Legoux, 1972).

Por el contrario, la consecución del segundo objetivo resultó más problemática. En 1919 se crea un título que acredita la cualificación profesional: el Certificat d'Aptitude Professionnelle o CAP (Brucy, 1998). Al año siguiente, una ley -la ley Astier⁽³⁾- hace obligatorios los cursos de formación teórica para aprendices y reorganiza además el funcionamiento de las escuelas técnicas. En 1925 se impone una tasa de aprendizaje⁽⁴⁾ a las empresas que no formen a aprendices. Este conjunto de medidas se inspira directamente en el ejemplo alemán. En 1926, Edmond Labbé, Director de Formación Técnica, alaba por ejemplo los méritos de la patronal alemana, que forma «con grandes costes al personal docente de sus cursos profesionales»⁽⁵⁾. Pero esta política continuará siendo insuficiente para regular con eficacia la competencia entre las empresas en el mercado de trabajo para mano de obra cualificada. Algunas empresas de construcciones mecánicas o eléctricas lograrán inaugurar sus propias escuelas técnicas, caso particular de la aviación (Bréguet, Gnôme, Rhône) o la industria automovilística (Peugeot, Panhard), pero serán siempre una minoría.

Aparece entonces, en este contexto, el segundo tipo de escuela profesional: los actuales liceos profesionales, cuya intención no es formar a especialistas u oficiales, sino a operarios o administrativos de cualificación media. Durante la II Guerra Mundial,

el gobierno de Vichy creará centros de formación profesional para acoger a los jóvenes de las clases populares en paro e inculcarles la ideología petainista. En 1944, estos centros son recuperados por el nuevo gobierno (Pelpel, Troger, 2001). Y en la posguerra, un convenio nuevo más claro que los anteriores vincula al estado y a una parte de la patronal: el periodo se caracteriza por un fuerte déficit de mano de obra, pues son las generaciones poco abundantes nacidas en la primera mitad del siglo las que llegan al mercado de trabajo. Además, la necesidad de reconstruir un país cuya infraestructura está mayoritariamente destruida por los bombardeos impone un esfuerzo formativo que supera las posibilidades de las empresas⁽⁶⁾. Significativamente, en la década de 1950, los dirigentes de una de las organizaciones patronales más poderosas, la Union des Industries Métallurgiques et Minières (UIMM), ocupan puestos clave en el seno de la AFDET, y apoyan desde allí el desarrollo de la formación técnica de carácter público en dos ámbitos: las escuelas técnicas (la futura formación tecnológica) para especialistas y como preparación a las ingenierías de Artes y Oficios, y la nueva formación profesional⁽⁷⁾ para operarios y administrativos. De cerca de 50.000 alumnos en 1944, la formación profesional pasa a reunir 200.000 en 1960, y en el mismo intervalo la matriculación en escuelas técnicas asciende de 90.000 a 140.000 alumnos.

A partir de 1944, surgen por tanto en Francia dos categorías paralelas de escuelas técnicas públicas: una para formar a los cuadros medios de las empresas, y la otra para la formación de operarios y empleados administrativos.

Hasta el decenio de 1960, este sistema será muy eficaz: proporcionará a las empresas operarios, administrativos y cuadros medios casi inmediatamente funcionales a su salida de la escuela, y les evita así financiar y organizar por sí mismas esas formaciones. Para el alumnado el sistema suponía un medio de acceso rápido a cualificaciones reconocidas en el mercado de trabajo, en una época en que la escolarización postobligatoria aún estaba poco desarrollada: un historiador ha llegado a calificar a la formación profesional francesa de la época de «el salvavidas de la clase obrera»⁽⁸⁾. Los titulados de la formación profesional técnica o general no sufrían en el mercado de trabajo la competencia de otros titulados, y por

⁽³⁾ Derivada del nombre del diputado que la propuso, Placide Astier, farmacéutico de origen popular que aspiraba a favorecer la formación profesional del pueblo.

⁽⁴⁾ Esta tasa, proporción de la masa salarial para cada empresa, sigue en vigor aún hoy y es un medio de financiación nada despreciable para numerosos centros de formación profesional o técnica.

⁽⁵⁾ Véase en la bibliografía Pelpel y Troger, 2002.

⁽⁶⁾ También es necesario resaltar la marcada influencia de las ideas socialistas y keynesianas sobre los dirigentes políticos de la época, y la renovación de cuadros directivos y responsables en las empresas, factores todos que favorecieron el desarrollo de la escolarización.

⁽⁷⁾ Los centros de formación profesional pasaron a llamarse «centros de aprendizaje», aun cuando se trataba, sin más, de centros escolares de dedicación completa.

⁽⁸⁾ Gérard Noiriel, «Les ouvriers dans la société française», Le Point Seuil, 1986.



ello estas carreras gozaban de mucho aprecio entre las clases populares.

La desvalorización de la formación técnica y profesional

Cuando en 1959 el general De Gaulle vuelve al poder, inicia una política de modernización de Francia. En el ámbito educativo, esta política consiste en una inversión en capital humano, y por tanto en un incremento en los índices de escolarización. De 1959 a 1975 se aplican una serie de reformas, con un doble objetivo: por un lado, retrasar el momento de la orientación definitiva de una persona, prolongando la duración de la escolaridad obligatoria común para todos -la escuela unitaria y la obligatoriedad escolar hasta los 16 años serán los principales instrumentos para la realización de este objetivo; por otro, intensificar la formación técnica y científica -el bachillerato científico se convierte en el mejor título de la enseñanza secundaria, se multiplican las escuelas de ingeniería, se desarrollan formaciones técnicas y profesionales.

En un comienzo, estas reformas favorecieron a las formaciones técnicas y profesionales, que aumentaron hasta matricular hoy a la mitad del alumnado. El alumnado en centros de formación profesional se multiplica por cuatro entre 1960 y 1990, y el de los centros de formación tecnológica por dos. Pero muy pronto estas formaciones sufrirían diversos reveses, que las transformarían rápidamente en las vías inferiores de nuestro sistema educativo.

Para empezar, el efecto demográfico: la llegada al mercado de trabajo de generaciones abundantes nacidas de los altos índices de natalidad de la posguerra, frente a la escasez de las generaciones que se jubilan, hace automáticamente más difícil desde finales del decenio de 1960 la integración profesional de los jóvenes. La cifra de los que aspiran a un puesto en el mercado de trabajo supera con creces a la de los empleos liberados por jubilaciones. La desaceleración del crecimiento económico que sigue a las crisis del petróleo de 1973 y 1975 agravará considerablemente el problema, y a la escasez relativa de jubilaciones se añadirá el paro, lo que dificultará sobremanera la integración profesional de los jóvenes.

A la vez, un proceso propio del desarrollo del sistema escolar surtirá efectos negativos

sobre la formación técnica y profesional: la multiplicación de escuelas de ingeniería y comerciales y el desarrollo de la formación tecnológica universitaria proporcionan cada vez más directamente a empresas y administraciones los cuadros medios y superiores que precisan. Pero la eficacia de este sistema tiene consecuencias negativas para los titulados de la formación técnica, y sobre todo la profesional: dificulta más y más a operarios o administrativos de cualificación media el acceso a empleos de categoría superior por promoción interna⁽⁹⁾. Ocupan cada vez con mayor frecuencia los puestos de nivel medio o superior titulados de escuelas de ingeniería, comerciales o universidades. Unido a los efectos automáticos de la demografía, este proceso inducirá un progresivo bloqueo de la promoción interna en las empresas, que instauran una cierta competición entre su mercado de contratación interno (la promoción) y su mercado de contratación externo (contratación de jóvenes titulados en el exterior). Desde entonces, elegir una formación técnica -y más aún profesional- conlleva el riesgo de quedarse estancado para toda la vida en una categoría social subalterna. El sociólogo Stéphane Beaud, por ejemplo, ha llegado a demostrar que los efectos de las prácticas en empresas que realizan los alumnos del Bachillerato Profesional son inesperados: en contacto con el mercado de trabajo, los jóvenes se percatan de que sus posibilidades de promoción son muy escasas, y se reafirman aún más en proseguir estudios a toda costa⁽¹⁰⁾.

A partir de finales del decenio de 1970, las formaciones técnicas y profesionales, a pesar de su crecimiento numérico, pasaron a convertirse en las vías inferiores del sistema escolar (TROGER, 1996). Las familias intentarán desde entonces por sistema evitar esas vías, que amenazan con enclaustrar a sus hijos en una categoría profesional subalterna, y rechazarán mayoritariamente toda propuesta de orientación profesional en este sentido, sobre todo en el caso de la formación profesional. Los jóvenes asumen una carrera en pos de títulos, que evidentemente se justifica a sí misma: cuantos más títulos existen, más interés tiene cada persona en buscar otro título de categoría superior.

Por estos motivos, la formación profesional pasa en la última época a albergar tan sólo a quienes fracasan en su escolaridad obligatoria, y las vías tecnológicas por su par-

⁽⁹⁾ En 1971, una ley declaró obligatoria para todas las empresas la financiación de la formación continua de sus trabajadores, pero las encuestas revelan que son sobre todo los cuadros quienes aprovechan esta oferta.

⁽¹⁰⁾ «El sueño de volver a la vía «normal»: los Bachilleratos profesionales en la universidad»: MOREAU, 2002.



te a quienes al final de la secundaria no tienen nivel suficiente para proseguir la enseñanza general literaria, científica o económica, lo que en su momento llevó a Pierre Bourdieu a calificar a todos estos alumnos de «excluidos internos»⁽¹¹⁾. Y el proceso sólo conoce escasas excepciones, como es el caso de las formaciones que preparan a oficios aún valorados, por ejemplo los de hostelería-restauración o las artes aplicadas a la industria (diseño industrial). Así pues, de una enseñanza relativamente selectiva que recogía a los alumnos buenos o regulares de origen popular en la década de 1950, Francia ha pasado en la actualidad a seleccionar su alumnado de FP en función del fracaso en la enseñanza general. En la tecnológica superior, el proceso de opción secundaria es evidentemente menos brutal: las formaciones BTS ofrecen sin duda mejores condiciones de integración profesional. Pero con todo, las oportunidades de promoción interna tienden hoy a disminuir para los titulados de estas vías⁽¹²⁾.

No obstante, esta evolución de la contratación se contradice con las competencias exigidas para el mercado de trabajo, último punto que deseo evocar al respecto:

Desde comienzos del decenio de 1980, el sistema francés de producción de bienes y servicios se encuentra cada vez más condicionado por el imperativo de calidad. Los requisitos materiales de la producción cada vez condicionan menos la organización del trabajo, y ceden la prioridad a las exigencias de los clientes. En las empresas, los servicios comerciales y de marketing dictan sus exigencias a los departamentos de producción, mientras que treinta años atrás la situación se invertía. De la misma forma, la administración pública, tan desarrollada en Francia, cada vez habla menos de “usuarios” y más de “clientes”. Esta evolución significa que operarios, empleados administrativos y cuadros medios deben poseer nuevas competencias además de las cualificaciones técnicas que se les dan por sentadas. En general, se les exige mejor comunicación, adaptación rápida a situaciones nuevas, manejo básico de ordenadores, capacidad para ocuparse en parte del trato a clientes, etc.

Así, las formaciones técnicas y profesionales han tenido que realizar una pequeña revolución interna para adaptar su pedagogía a los nuevos requisitos, mientras que a la vez descienden los niveles de sus alumnos.

Esta revolución ha producido sobre todo dos resultados:

El primero ha sido el surgimiento de formaciones alternas (Agulhon, 2001). Actualmente, todos los alumnos de la formación profesional y una parte de los de la formación técnica efectúan en el curso de su escolaridad prácticas en empresas, que cuentan para la obtención del título. Es el caso particular de un título creado en 1985: el bachillerato profesional. Esto ha permitido reducir el desfase entre las formaciones técnicas y profesionales y las formaciones de aprendizaje, ya que los aprendices reciben por su parte una formación teórica que complementa lo que aprenden en la empresa. Además, cada vez cobra más cuerpo la idea de agrupar todo lo posible todas estas formaciones en los mismos centros, que podrían pasar a denominarse “liceos profesionales”.

El segundo resultado de dicha revolución ha sido la reflexión sobre contenidos formativos en función de los nuevos requisitos de las empresas. Se han elaborado, por colaboración entre representantes empresariales y sindicales, documentos llamados referenciales (perfiles) de empleos, con el objetivo de definir el conjunto de competencias que las empresas desean para cada puesto (Eckert y Veneau, 2001). Estos perfiles de empleos se transformaron a continuación en perfiles formativos como base para aplicar una pedagogía docente. Se critica a estos perfiles porque su excesiva precisión les hace en ocasiones inaplicables en lo concreto. Pero a cambio, el proyecto ha permitido sin duda renovar la pedagogía de las formaciones técnicas y profesionales, y encontrar hasta cierto punto los medios para reducir la distancia entre el nivel real de los alumnos y el nivel de las competencias que idealmente deben lograr.

A guisa de conclusión, puede avanzarse la hipótesis de que las formaciones técnicas y profesionales se han convertido hoy día en la “válvula de seguridad” del sistema educativo francés: recuperan a la mitad de los jóvenes que fracasan en mayor o menor grado en la escuela unitaria, y los docentes demuestran su imaginación, determinación y paciencia para proponer a éstos una formación y un perfeccionamiento educativo que les permitan acceder en las mejores condiciones posibles al mercado de trabajo además de obtener un título. Una labor que resulta

⁽¹¹⁾ Bourdieu P. y Champagne, en «La misère du monde»,

⁽¹²⁾ Consúltese al respecto P. Bouffartigue «La socialisation professionnelle des jeunes BTS-DUT ?Entre diplômes et statuts des identités incertaines», en Formation-Emploi n°45 (enero-marzo 1994).



además útil para la empresa, al evitarle una buena parte de los costes formativos.

El sistema ha recibido críticas en los últimos años, por una parte en razón de sus altos costes, y por otra por su velocidad de reacción relativamente lenta frente a los nuevos requisitos del mercado de trabajo. Pero las críticas han perdido hoy en día su virulencia, primeramente porque, como hemos visto, la formación técnica y profesional ha conseguido transformar sus prácticas, y también porque el modelo de la formación de aprendices, que en algunos sectores había incrementado significativamente su presencia a costa de la formación escolar, parece

haber topado con determinados límites: al contrario de lo que ocurre en Alemania, la mayoría de las empresas y administraciones francesas sigue sin asumir una auténtica cultura formativa, lo que con frecuencia dificulta tanto la admisión de aprendices como la de alumnos en prácticas. Por ello, en la actualidad la FP de Francia parece asumir una especie de compromiso: sin duda, la formación profesional inicial continuará aún una buena temporada impartándose en la escuela, pero sus periodos prácticos tenderán a asemejarse a la formación de aprendices, sin exigir, con todo, tanto a la empresa como un aprendizaje tradicional.

Bibliografía

Agulhon C., *“L’alternance, une notion polymorphe, des enjeux et des pratiques segmentées, Revue Française de Pédagogie”* n° 131, abril-mayo-junio 2000.

Agulhon C., *L’enseignement professionnel, quel avenir pour les jeunes ?*, Editions de l’Atelier, 1994.

Brucy G., *Histoire des diplômes de l’Enseignement technique et professionnel (1880-1965). L’Etat, l’Ecole, les entreprises et la certification des compétences*, Paris.

Brucy G., Troger V., *“Un siècle de formation professionnelle en France: la parenthèse scolaire?”* *Revue Française de Pédagogie* n° 131, abril-mayo-junio 2000.

Charlot B., Figeat M., *“Histoire de la formation des ouvriers, 1789-1984”*, Paris, Minerve, 1985.

Charmasson T., Lelorrain A.M., Ripa Y., *“L’enseignement technique de la Révolution à nos jours”*, Paris, INRP-Economica, 1987.

Eckert H., Veneau P., *“Le rapprochement de l’école et de l’entreprise dans l’enseignement technique, sur les limites d’une rationalisation volontariste”*, *Revue Française de Pédagogie* n°131, abril-mayo-junio 2001.

Legoux Y., *Du compagnon au technicien (l’école Diderot et l’évolution des qualifications), 1873-1972*, Technique et vulgarisation, 1972.

Moreau G. (dir.), *Les patrons, l’Etat et la formation des jeunes*, La Dispute, 2002.

Pelpel P. et Troger V., *Histoire de l’Enseignement technique*, Paris, L’Harmattan, 2001.

Troger V., “La formation des enseignants dans l’enseignement professionnel depuis 1945: les contradictions d’une pratique pionnière”, En: Bourdoncle y Demailly (eds), *“Les professions de l’éducation et de la formation”*, Septentrion, 1998.

Troger V., *“Du centre d’apprentissage au lycée professionnel: enjeux et tensions de la scolarisation de la formation professionnelle depuis 1945”*, Carrefour de l’éducation n° 2, julio-diciembre 1996.

Troger V., “L’identité perdue des enseignements techniques et professionnels” En: *“Les patrons, l’Etat et la formation des jeunes”*, Moreau g. (dir), La Dispute, 2002.

Palabras clave

Vocational training, training institution, training policy, education system, industry, educational policy